

AFUERA GLACIAL EN BLANCHOT Y BECKETT. POLVO Y PALABRA NO BIODEGRADABLES¹

Glacial outside in Blanchot and Beckett. Non biodegradable dust
and speech

Noelia Billi

Universidad de Buenos Aires

milcrepusculos@gmail.com

Resumen: En este trabajo propongo un recorrido por los cruces entre la escritura de S. Beckett y la de M. Blanchot a partir de la cuestión de la muerte y la palabra. En vistas a ello, abordo el tema blanchotiano de la muerte en la literatura no como la de un “yo muero” (que muchas veces se identifica con la cuestión de la “muerte del autor”), sino antes bien como lo que permite plantear un espacio afirmativo de *interioridad* impersonal (un *morir contento*). Así pues, considero este espacio afirmativo como el de lo no biodegradable, entendiendo por esto una materia lingüística que resiste a los sistemas de reciclaje, reutilización y supeditación a lo orgánico propios del biopoder. El lenguaje se revela así como algo sin centro gravitacional, que se mueve, golpea y contagia, contactando sin organizarse. Por último, me refiero a una *ecología glacial* para señalar la posibilidad de comprender dichos rasgos de la escritura blanchotiana y beckettiana bajo la lógica del cristal, según la cual lo que hay puede adquirir espesor pero no una “profundidad” inasible.

Palabras clave: **muerte / vida orgánica / literatura / impersonal**

Abstract: In this paper we go through S. Beckett’s and M. Blanchot’s writings taking as a starting point the question of death and speech. In order to accomplish this, we address the Blanchovian theme of “death in literature” not as that of “I die” (frequently identified with the “death of the author” issue), but rather as that which allows to pose an affirmative space of impersonal *interiority* (a *happy dying*). Therefore, we consider this affirmative space as non-biodegradable, understood as a linguistic matter that resists to the recycling, reusing and organic subordination systems typical of biopower. Accordingly, language is revealed as something without gravitational center, moving, striking and spreading, contacting without ever organizing itself. Finally, I refer to a *glacial ecology* to point out the possibility of understanding

1. Una versión preliminar de este escrito fue leída en el marco de las *II Jornadas de Literatura Inglesa “110 años del nacimiento de Samuel Beckett”*, 13-14 de abril de 2016, organizadas por la Cátedra de Literatura Inglesa de la FFyL de la Universidad de Buenos Aires.

these Blanchot's and Beckett's writings features from the perspective of the crystal logic, according to which what it is may acquire thickness but not an ungraspable "depth".

Keywords: death / organic life / literature / impersonal

Si vivir es perder, comprendemos por qué resultaría casi risible perder la vida.

M. Blanchot, *Le pas au-delà*

¿Cómo conjugar mundo y palabra cuando ésta, de la mano de la poesía, ha optado por aniquilar el mundo con el fin de indagar cómo serían las cosas y los seres si no hubiera mundo? Cuando Blanchot explora este campo, se refiere de manera insistente a la necedad de querer reducir la palabra a la conformación de un mundo y, a la vez, de querer limitar el mundo a una palabra que quisiera sustituirlo. Si el pensamiento blanchotiano no sale nunca de este problema tal vez se deba a la necesidad de romper su propia estructura (la tradición de la que hereda sus conceptos, los escritores que lee con devoción), algo que finalmente se revela como imposible, lo *impossible necesario*. Algo de ese *fatum* se adivina en los entretelones de la vinculación obsesiva entre la literatura y la muerte. Es cierto que la muerte ha sido una fuente de pena filosófica que ha encontrado en el pensamiento un gran aliado, pero es quizá en la obra de Blanchot donde se hace de la literatura no ya la herramienta para escapar a la muerte (como querría secretamente la filosofía) sino el lugar privilegiado donde *morir contento*, como quería Kafka. Ya no será, pues, la alternativa entre la vida y la muerte aquello a lo que nos enfrentamos sino a la radical impugnación de su posición como *estados posibles de ser alcanzados por mí*.

En sus clases sobre Foucault, Deleuze entiende este tema blanchotiano como la posibilidad de plantear una línea del *afuera* (como dimensión de lo que se halla más allá del poder, en términos foucaultianos)², al que identifi-

2. Deleuze, en sus clases del año académico 1985-1986, aborda la obra de Foucault planteando tres ejes, que analiza sucesivamente: el saber (relativo a las formas), el poder (relativo a las fuerzas) y, por último, la subjetivación. En este último curso, la lectura deleuziana enfatiza el privilegio de la exterioridad por sobre la interioridad, es decir, la remisión de todo interior a una relación con algún tipo de afuera, ya sea bajo la forma de la dispersión (una exterioridad relativa que guarda relación con una interioridad), ya bajo la forma de la apertura/disyunción (una exterioridad redoblada, relativa a otra exterioridad). Por caso, respecto del eje del saber, el lenguaje aparece como una *forma* de exterioridad respecto de los enunciados que se dispersan en él. En el caso del poder, el elemento no formal de las fuerzas es el afuera; un afuera, entonces, relativo a la manera en que las fuerzas están en una determinada relación (lo que Deleuze, siguiendo a Foucault, llama diagrama). Para marcar otra dimensión, que perfere el horizonte del poder, Foucault remitiría a una exterioridad absoluta (en tanto no mediatizada) cuya inspiración sería el afuera blanchotiano (lo imposible, la relación como no-relación). Cfr. G. Deleuze, *La subjetivación. Curso sobre Foucault III*, trad. P. Ires y S.

ca con el *se muere*. De acuerdo a esta lectura deleuziana, morir apunta a lo que sólo podemos comprender como lo no-relacional, es decir, como la línea de imposibilidad que, como tal, queda fuera de la dimensión del poder y sus luchas. Escapando a la interpretación mortífera de este afuera (que lo reduce a su aspecto invivible), Deleuze señala los movimientos de invaginación a partir de los cuales la línea del *se muere* se pliega dando lugar a un “adentro” que, en Foucault, resulta en un espacio de subjetivación que si bien marca una “interioridad” nunca “me” la atribuye, como “mi” interioridad³.

Es de gran relevancia reunir esta indagación deleuziano-foucaultiana con la de Blanchot en torno a la muerte, por cuanto podría pensarse que aquello que Deleuze nombra como pliegue de subjetivación, en Blanchot aparece bajo la forma del espacio literario. Ello supone la posibilidad de pensar la muerte en la literatura (tema blanchotiano) no ya como la muerte del yo (un “yo muero” que muchas veces se identifica con la cuestión de la “muerte del autor”), sino antes bien como el espacio de interioridad impersonal. Interioridad, pues, remitiría así a una invaginación que nos alejaría momentáneamente del morir, sin por ello hacer posible desprenderse de ello. En este sentido, podría señalarse un isomorfismo entre la afirmación deleuziana de la vida (en tanto pliegue que nos separa del afuera que constituye el *se muere*) y la reiteración blanchotiana de una muerte inagotable en el lenguaje. En el siguiente pasaje de *Le pas au-delà*, Blanchot nombra esta afirmación bajo el modo de la suspensión:

Sobrevivir: no ya vivir o, no viviendo, mantenerse, sin vida, en un estado de puro suplemento, movimiento de suplencia con respecto a la vida, sino más bien detener [arrêt] el morir, detención que no lo detiene, sino que, por el contrario, lo hace *durar*. “Habla sobre la detención —línea de inestabilidad— del habla”. Como si asistiese al agotamiento del morir: como si la noche, habiendo comenzado demasiado temprano, en lo más temprano del día, dudase de llegar nunca a la noche.⁴

Puente, Buenos Aires, Cactus, 2015, pp. 5-11.

3. “El adentro es siempre el adentro del afuera. No es *mi* interioridad. No hay ninguna restauración de una interioridad en Foucault en el sentido de *mi* interioridad. Hay simplemente un movimiento del afuera por el cual se constituye un adentro *del* afuera. Sólo el afuera tiene un adentro. [...] Es por lo tanto un adentro muy especial, que no se reduce a ninguna interioridad de conciencia. Y es un afuera muy especial que no se reduce a ninguna exterioridad psíquica. [...] a ese adentro, que es adentro de un afuera, le llamamos el pliegue del afuera, el plegamiento del afuera.” G. Deleuze, *La subjetivación*, trad. cit., pp. 24, 27-28 (cursivas del original).

4. M. Blanchot, *Le Pas au-delà*, Paris, Gallimard, 1973, p. 184 (traducción propia). Entre otros, también debe considerarse el siguiente fragmento: “« [...] La exterioridad de ser, ya adopte el nombre de la muerte, del morir, de la relación con el otro, o, quizás, el del habla cuando ésta no se ha replegado en modos de hablar, no permite ninguna relación (ni de identidad, ni de alteridad) consigo misma. — Con la exterioridad, el habla se da quizás

¿Cuál sería, pues, el lugar del espacio literario en este cruce? Acaso como suspensión reiterativa del morir, la literatura sea esa invaginación impura de la línea del afuera, deformidad esencial que se da en la soledad de una palabra detenida en los labios de un rostro sin boca, un rostro mudo o una boca en descomposición (volveremos a ello leyendo a Beckett). Allí la cuestión, entonces, ya no se plantearía en los términos de cómo vivir escapando a la muerte que asedia, sino más bien en cómo permanecer el mayor tiempo posible en ese espacio que me excluye pero que es el único donde *morir contento*. De este modo, podríamos acceder a una línea que haga justicia al modo afirmativo en que Blanchot plantea la temática de la muerte, en sintonía con un modo de existencia neutro que elude la rápida inclinación tanto hacia una ontología positiva como hacia una negativa.

Muerte y biopolítica

En el campo abierto por la filosofía contemporánea post-humana, una de las líneas de análisis más pregnantes ha sido la de la biopolítica, comprendida —según la formulación, a esta altura “clásica” de Foucault— como la política que toma como objeto la vida y se propone, en consecuencia, administrar los medios por los cuales ciertas formas de lo viviente puedan incorporarse a los circuitos productivos de manera material. En contraposición con la política moderna (que se define por la erección de un soberano □estatal□ que sólo interviene en la vida de los súbditos de manera negativa, haciendo uso de su *derecho a matar*), la biopolítica positiva y legítimamente *hace vivir* (incluyendo la modulación de la capacidad de trabajar y producir más vida)⁵.

Según esta línea de análisis, en la modernidad la muerte deja de constituir un fenómeno en el cual se ritualiza el pasaje de la esfera del poder terrenal a la del poder divino, y donde el moribundo lega su poder a los herederos y se pone, a la vez, en manos del poder de dios. En su lugar, deviene el extremo “exterior” del poder soberano, el límite que se le presenta inexorablemente pero más allá de sus posibilidades a un poder concentrado, ahora, en “hacer vivir”. En este sentido, podría interpretarse que desde el siglo XIX en adelante la muerte es el *hecho imposible* y, sobre todo,

absolutamente y como absolutamente múltiple, pero de tal modo que no pueda desarrollarse con palabras: siempre ya perdida, sin utilidad e incluso tal que lo que en ella se pierde (la esencia de la pérdida de la que daría la medida) no pretende, con una inversión, que algo —un don, un don absoluto: el don del habla— sea magnificado o designado en la pérdida misma. — *No tengo, pues, derecho a decir nada. — Ciertamente, ningún derecho.*” *Ibid.*, p. 180.

5. Cfr. “Derecho de muerte y poder sobre la vida” en M. Foucault, *Historia de la sexualidad. Vol. 1*, trad. U. Guíñazú, México, Siglo XXI, 1977 y la clase del 17 de marzo de 1976 en M. Foucault, *Defender la sociedad*, trad. H. Pons, Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 217 y ss.

insignificante por excelencia para el ejercicio soberano del poder. Ello abre la posibilidad de explorar el espacio de lo muerto en busca de modos de resistencia al biopoder, aunque por supuesto de esta manera la noción de lo muerto adquiere unos contornos menos habituales que los que acostumbra.

En principio, la muerte estará en tensión no tanto con lo viviente como con lo orgánico, es decir: con aquello que se organiza en torno a un centro funcional que impone su jerarquía a otras partes subordinadas⁶. Por eso, pareciera que aquí lo muerto puede tomar aspectos vivientes en la medida en que se mueve, habla, crece, aunque lo haga de una manera que repugna a nuestro concepto de lo vivo, y ello porque lo hace de una manera disfuncional, desorganizada, inorgánica, sin teleologías significativas o dependientes de una conciencia⁷.

Resistencias a la vida orgánica

Retomando los planteos de la introducción, la hipótesis que quisiera avanzar aquí es que tanto la obra de Beckett como la de Blanchot explotan hasta el límite esta *resistencia de lo muerto* (más cercano a lo superviviente que a lo meramente vivo) por una vía muy particular, la de la palabra. En el caso de Beckett, recurriendo a un lenguaje cuyas variaciones lo despojan alternativamente de referente, de conexión con un sujeto o de articulación gramatical. Blanchot, con su elaboración de una palabra neutra, fragmentaria e impersonal. En ambos casos, se ofrece una versión de la palabra que opera dos movimientos simultáneos y paralelos. Por una parte encontramos un aspecto crítico, evidenciado en la retracción radical del lenguaje respecto de los fines utilitarios que abonan la antropogénesis moderna (el habla como el arma preferida de un animal apropiador que rehúsa su parte “natural” y hace de sí mismo un ser “cultural” a distancia de las cosas). Este es el aspecto que primero impacta de las obras que aquí nos ocupan; sin

6. El hecho de que lo muerto aquí exceda el par vivo-muerto se sostiene siguiendo los exámenes foucaultianos del nacimiento de la biología moderna que se encuentran en *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines* (Paris, Gallimard, 1966). De acuerdo a su análisis, la biología nace como disciplina cuando el par orgánico-inorgánico se superpone al de vivo-muerto, operando así una reducción de lo viviente a lo orgánico y dando lugar al nacimiento de la noción moderna de “vida”. Es la irrupción de este concepto nuevo (el de vida) aquello que no sólo hace posible la biología sino también lo que hace inteligible y eficaz la biopolítica en tanto sólo pueden operacionalizarse las estrategias del biopoder en tanto y en cuanto el objeto no son los “vivientes” concretos sino los rasgos que hacen que la “vida” se incremente, se contraiga o circule por determinadas dimensiones del espacio común.

7. En consonancia con esta idea, cfr. P. Stewart, “Sterile Reproduction: Beckett’s Death of the Species and Fictional Regeneration”, en S. Barfield, P. Tew y M. Feldman (ed.), *Beckett and Death*, New York, Continuum, 2009, pp. 169-187. Allí se examina otra estrategia anti-orgánica de la literatura beckettiana: la reproducción de y a partir de lo estéril.

embargo, existe otro que podríamos llamar “afirmativo” y del cual espero ofrecer algunos indicios que permitan que este trabajo no sea enteramente ficcional.

Lo que propongo es considerar este espacio afirmativo como el de lo biodegradable, entendiendo por esto una materia lingüística que resiste a los sistemas de reciclaje, reutilización y supeditación a lo orgánico propios del biopoder. Para indicar de qué manera leo esto en Beckett y en Blanchot, introduzco un pasaje de *L'Innomable* en el cual entiendo que hay un lenguaje sin centro gravitacional, que se mueve, golpea y contagia, contactando sin organizarse:

no se nota ya la boca, no se necesita una boca, las palabras están en todas partes, en mí, fuera de mí, entonces, de pronto carecía yo de grosor, los oigo, no necesito oírlos, no necesito tener una cabeza, imposible pararlos, imposible pararse, soy palabras, estoy hecho de palabras, de palabras de los demás, ¿qué demás?, el sitio también, el aire también, las paredes, el suelo, el techo, palabras, todo el universo está aquí, conmigo, yo soy el aire, las paredes, lo emparedado, todo cede, se abre, cae, regolfa, copos, soy todos esos copos que se entrecruzan, se unen, se separan, donde quiera que vaya me vuelvo a hallar, me abandono, voy hacia mí, vengo de mí, nunca más que yo, que una partícula de mí, recobrada, perdida, fallada, palabras, soy todas esas palabras, todas esas extrañas palabras, este polvo de verbo, sin suelo en el que posarse, sin cielo en el que disiparse, reuniéndose para decir, huyéndose para decir, que yo las soy todas, las que se unen, las que se separan, las que se ignoran, que soy eso y no otra cosa, sí, cualquier otra cosa, que soy otra cosa cualquiera, una cosa muda, en un lugar duro, vacío, cerrado, seco, limpio, negro, [...].⁸

Para Blanchot, algo de lo neutro se juega en esta voz que en *L'Innomable* es incapaz de decir las palabras que por fin la interrumpan. Hay un des-

8. S. Beckett, *El innumerable*, trad. R. Santos Torroella, Madrid, Alianza, 2006. En la edición francesa (*L'Innomable* (1953), Paris, Minuit, 2002, p. 166) se lee: “on ne sent plus la bouche, pas besoin d'une bouche, les mots sont partout, dans moi, hors moi, ça alors, tout à l'heure je n'avais pas d'épaisseur, je les entends, pas besoin de les entendre, pas besoin d'une tête, impossible de les arrêter, impossible de s'arrêter, je suis en mots, je suis fait de mots, des mots des autres, quels autres, l'endroit aussi, l'air aussi, les murs, le sol, le plafond, des mots, tout l'univers est ici, avec moi, je suis l'air, les murs, l'emmuré, tout cède, s'ouvre, dérive, reflue, des flocons, je suis tous ces flocons, se croisant, s'unissant, se séparant, où que j'aïlle je me retrouve, m'abandonne, vais vers moi, viens de moi, jamais que moi, qu'une parcelle de moi, reprise, perdue, manquée, des mots, je suis tous ces mots, tous ces étrangers, cette poussière de verbe, sans fond où se poser, sans ciel où se dissiper, se rencontrant pour dire, se fuyant pour dire, que je les suis tous, ceux qui s'unissent, ceux qui se quittent, ceux qui s'ignorent, et pas autre chose, si, tout autre chose, que je suis tout autre chose, une chose muette, dans un endroit dur, vide, clos, sec, net, noir[...].”

censo, la región de lo neutro aparece como los íferos que, en lugar de ser el fundamento de lo visible, son los flujos tiernos donde lo que existe lo hace entre el ser y la nada, en la ceniza llena de criaturas extraviadas que no *dicen* nada⁹. La palabra neutra, bajo el modo beckettiano de lo innombrable, se acerca a ese infinito material que fascinaba a Blanchot¹⁰: fuera de la vida pero siempre *acabando aún*, se da un lento pero interminable proceso de desorganización que no tiene como fin la unidad de la vida sino la generación de separaciones, intervalos, espacios en blanco que no es posible subordinar al funcionalismo organicista de un discurso dependiente de un sujeto, una conciencia o un alma.

Lo neutro y el polvo: ecología glacial

Volviendo al carácter no biodegradable de esta extrañeza, tan beckettiana como blanchotiana, este quedaría implicado en la resistencia de lo extraño a ser reabsorbido y revehiculizado en un circuito ontológico jerárquico. En Beckett no hay biodegradación porque ya no estamos en el escenario de la animación de lo viviente (donde la palabra todavía podría ser el soplo que infunde la vida en las cosas o le da forma humana al animal que habla), sino más bien en una *ecología glacial* donde lo que hay se desparrama, se mezcla, se mueve en conjunto pero no deviene organismo. Allí los vientos soplan las nubes de arena gris que, como ejércitos de hormiguitas autóma-

9. Las líneas finales de “Para terminar aún” son: “Cráneo funerario todo va a quedar fijado ahí como para siempre parihuelas y enanos ruinas y pequeño cuerpo cielo gris sin nubes polvo no pudiendo ya más lejanías sin fin aire de infierno. Y sueño de un recorrido por un espacio sin aquí ni otra parte donde nunca se acercarán a ni se alejarán de nada todos los pasos de la tierra. Que no pues para acabar aún poco a poco o como en el conmutador la oscuridad vuelve a hacerse en fin esa cierta oscuridad que sola puede cierta ceniza. Por ella que sabe un final aún bajo un cielo misma oscuridad sin nubes ella tierra y cielo de un final último si debiera nunca haber uno si fuese absolutamente necesario” (S. Beckett, *Relatos*, trad. F. de Azúa, A. M. Moix y J. Talens, Barcelona, Tusquets, 1997). En el original francés: “Crâne funéraire tout va-t-il s’y figer tel pour toujours civière et nains ruines et petit corps ciel gris sans nuages poussière n’en pouvant plus lointains sans fin air d’enfer. Et rêve d’un parcours par un espace sans ici ni ailleurs où jamais n’approcheront ni n’éloigneront de rien tous les pas de la terre. Que non car pour finir encore peu à peu ou comme au commutateur le noir s’y refait enfin ce certain noir que seule peut certaine cendre. Par elle qui sait une fin encore sous un ciel même noir sans nuages elle terre et ciel d’une fin dernière si jamais il devait y en avoir une s’il le fallait absolument” (S. Beckett, *Pour finir encore et autres foirades*, Paris, Minuit, 2005).

10. Me refiero a la lectura blanchotiana del Aleph borgeano (véase “L’Infini littéraire: L’Aleph” en Blanchot, *Le livre à venir*, Paris, Gallimard, 1959, pp. 130-134) como la reivindicación de un infinito material. He trabajado esta cuestión con detalle en N. Billi, “Blanchot y Borges. Imagen e infinito”, *Confluencia*, V. 31, N° 2 (Spring 2016), Hispanic Studies Department, University of Northern Colorado, pp. 31-40.

tas, “engullen los monumentos más altivos”¹¹ y, a veces, reflejan la luz del sol. Si me refiero a una ecología glacial es para señalar el contraste con una ecología orgánica. Mientras esta última estaría regida por un biocentrismo que apunta a un universal abstracto en el que lo singular no puede subsistir¹², la ecología glacial apunta al imperio de una lógica del cristal, según la cual las conexiones y crecimientos no se dan de manera orgánica sino antes bien inorgánica y mineral, por contagio, y lo que hay puede adquirir espesor (debido a la superposición de capas) pero no una “profundidad” oculta cuya manifestación sería una superficie engañosa¹³. Un lenguaje que está puramente expuesto, que circula en prescindencia del recurso a lo profundo pero que no por eso es transparente y dócil. Además, la economía glacial hace señas hacia una metamorfosis del espacio en desierto (algo que puede incluso leerse en las indicaciones de las puestas teatrales de Beckett).

Todavía en *Pour finir encore* se lee:

Mezclados con el polvo van hundiéndose los despojos del refugio de los que un buen número apenas ya si afloran. Primerísimo cambio finalmente un fragmento se desprende y cae.¹⁴

Polvo gris hasta perderse de vista bajo un cielo gris sin nubes y de repente o poco a poco allí donde sólo polvo posible esta blanca que descifrar. Queda por imaginar si puede verla el expulsado último entre sus ruinas si jamás podrá verla y si creer que sí. Entre él y ella a vista de pájaro el espacio no va disminuyendo sino que acaba solamente de aparecer último desierto que atravesar.¹⁵

De acuerdo a estos breves pasajes, acaso podamos pensar que la palabra es este *polvo* que en la obra de Beckett aparece de muchas maneras, incluso

11. S. Beckett, *Pour finir encore et autres foirades*, ed. cit., p. 10.

12. Cfr. M. Marder, “For a Phytocentrism to Come”, *Environmental Philosophy*, 11(2), Fall, 2014, pp. 237-252.

13. Cfr. G. Lucero, *Componer las fuerzas: la estética musical de Gilles Deleuze*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires. Tesis doctoral inédita, FFyL, 2014. Allí se explica la importancia que adquiere la estructura cristalina para un pensamiento de lo viviente que es irreductible a lo orgánico, disociando así aquello que los románticos no podrán concebir sino como parte de lo mismo (la identidad de vida y teleología).

14. S. Beckett, *Pour finir encore et autres foirades*, ed. cit., p. 10. En el original: “Mêlés à la poussière vont s’enlisant les débris du refuge dont bon nombre déjà n’affleurent plus qu’à peine. Tout premier changement enfin un fragment se détache et tombe”.

15. S. Beckett, *Pour finir encore et autres foirades*, ed. cit., p. 13. En el original: “Poussière grise à perte de vue sous un ciel gris sans nuages et là soudain ou peu à peu où poussière seule possible cette blancheur à déchiffrer. Reste à imaginer s’il peut la voir l’expulsé dernier parmi ses ruines si jamais il pourra la voir et si oui y croire. Entre lui et elle à vue d’oiseau l’espace ne va pas diminuant mais vient seulement d’apparaître dernier désert à traverser”.

con el “del polvo venimos y al polvo vamos” acerca del cual el irlandés ironiza en las primeras páginas de “Primer amor”¹⁶. Pero si en Occidente el “polvo al polvo” remite al retorno a un caldo primigenio de donde salen luego las formas nuevamente humanas, en la obra de Beckett el polvo constituye el residuo sin nombre de las ruinas o el desierto. Esta idea es próxima a la lectura blanchotiana, que indica que en *L'innomable* la obra pasa por la prueba de la imposibilidad: “Allí, la palabra no habla sino que es, en ella no comienza nada, nada se dice, pero ella es siempre de nuevo y siempre vuelve a comenzar”¹⁷.

Polvo que se mueve sin dejarse moldear por la pretensión escultórica de la boca humana (ya no hay boca en *L'innomable*, como no hay casi ninguna otra parte funcional del cuerpo), polvo que se posa en las superficies, como una grisalla o una viruta metálica que corta y refleja, incidiendo así en lo que acontece sin para ello organizarse en torno a un centro.

Esta dinámica es análoga a la palabra neutra que Blanchot tematiza a partir del período medio de su obra: ella no es hablada por alguien sino que acontece bajo la amenaza de lo impersonal, atravesando y agujereando a quien la escucha hasta hacerlo agonizar en el Afuera. Afuera que, por no estar al servicio del Hombre, parece vacío, pero que sin embargo se revela como un desierto en el que pululan extrañas criaturas, fragmentos de existencia que, impotentes para ser, perseveran en la maldición de una “supervivencia parlante, el resto oscuro que no quiere ceder”¹⁸. Ni atribuible a un Yo (real o ficticio, pleno o vacío, del enunciado o de la enunciación), ni a un “monólogo interior” o a una “vivencia” o “experiencia”, la palabra neutra es el lenguaje que rechaza ponerse al servicio de la soberanía humana y que, emancipada de ese universo, persevera en el error de atrapar las cosas: sólo se adhiere a ellas y salen juntas a recorrer el mundo.

El polvo de la palabra se posa, entonces, sobre ese ser que parece condenado a hablar sin reconocer ni reconocerse en la voz que habla. Si quisiéramos seguir a Badiou, podríamos pensar que el esfuerzo beckettiano va en dirección a alcanzar alguna instancia en la cual el triple *cogito* encuentre alguna manera de sobrevivir a los retorcimientos que se le imponen por su carácter imposible¹⁹. En efecto, al sujeto de la enunciación y al de la pasivi-

16. Cfr. “First love” en S. Beckett, *Collected shorter prose 1945-1980*, Londres, Calder, 1984, pp. 1-19. Allí el autor escribe acerca del “cuento del polvo” y la “comedia” del polvo. También el apartado XIII de “Texts for nothing” trabaja la cuestión del polvo con frecuencia (*ibid.*, pp. 113-115).

17. M. Blanchot, *Le livre à venir*, ed. cit., p. 294.

18. M. Blanchot, *Le livre à venir*, ed. cit., p. 290.

19. Cfr. A. Badiou, *Beckett. El infatigable deseo*, trad. R. Tejada, Madrid, Arena, 2007, pp. 31-33.

dad, el filósofo francés añade un tercero que no puede dejar de preguntarse qué hay entre uno y el otro, qué acontece entre estos dos bloques de ilusión y junto con los cuales debería conformar algo así como un “sujeto verdadero” igual de ilusorio e imposible. Pero mientras para Badiou la salida de este callejón sin salida (el “terrorismo cartesiano” de la pura voz que habla sin nadie que hable) vendrá de la mano del acontecimiento y de la voz del “otro”, en términos blanchotianos deberíamos inclinarnos por pensar que no es posible mayor extrañeza que una palabra impersonal y neutra que sigue hablando sin nada que decir y olvidada de sí. Alejado de los movimientos reflexivos, Blanchot imagina un Afuera que, en tanto neutro, no cataliza el tránsito de una multiplicidad a la unidad (no actúa como una promesa de sentido, previo o por venir), ni de lo múltiple al vacío, sino que antes bien efectúa el pasaje de lo múltiple a lo múltiple²⁰. Sería, entonces, este Afuera (escenario privilegiado del morir) lo que quisiéramos, para terminar, asociar a la ecología glacial que, como sugeríamos, estaría en condiciones de hacer florecer una resistencia al biopoder: como desprendimiento (polvo) del roce de lo que hay consigo mismo, el Afuera es un efecto que se da en superficies densificadas y que se caracteriza no por una esencia sino por el acontecer de lo accidental, no por una ruptura que pudiera efectuar sino por la rapidez con la que se introduce en las grietas de lo que hay y modula el pasaje de una máscara a otra, de una imagen a otra, de una palabra a otra. Es precisamente esa la línea secreta más cercana al silencio murmurante que es, al fin y al cabo, el cristal en el que la palabra se difracta, pululando, múltiple, como la arena en el desierto donde “hay que seguir, no puedo seguir, voy a seguir”²¹.

20. Cfr. “La voix narrative (le «il», le neutre)” en: *L'Entretien infini*, Paris, Gallimard, 1969, pp. 556-567.

21. “il faut continuer, je ne peux pas continuer, je vais continuer.”, S. Beckett, *L'Innomable*, ed. cit., p. 213.